



Jean Genet. Poemas

Versión de A. Martínez Sarrión

«La Vida de Genet es un fracaso y, bajo la apariencia de un éxito, ocurre lo mismo con sus obras. No son serviles y supera a la de la mayoría de los escritores llamados *Literarios*. La obra de Genet es la agitación de un hombre desconfiado del que ha podido decir Sartre: "Si se le acorrala, estallará en carcajadas y confesará sin dificultad que se ha divertido a costa nuestra, que sólo intentaba escandalizarnos aún más: si se le ha ocurrido bautizar con el nombre de Santidad a esta perversión demoníaca y sofisticada...". Jean Genet se ha propuesto la búsqueda del Mal como otros la del Bien». Bataille

## ***PRÓLOGO DEL TRADUCTOR***

*El hospiciano, ladrón, homosexual y suntuoso histrión Jean Genet nació en París en 1910. Fascinado por la simetría, cosa que no deja de ser bastante francesa, su regla áurea, a la que ni en su dorada vejez habrá renunciado, tuvo esta temprana formulación: «He decidido seguir mi destino en sentido contrario a vosotros (se refiere, claro, a los bienpensantes) y explotar el reverso de vuestra belleza». De este modo, con una sistematicidad de archivero, compatible con correrías de vario signo, y siempre al margen de la ley, lo que le valió largas estancias en prisión, acumuló el sólido material de experiencia que elaboraría en su obra novelística, dramática y poética. El escándalo Genet tuvo su cenit en la inmediata posguerra mundial, y hoy nuestro escritor es un viejo pulcro, de jeta maliciosa y tallada a hachazos, que ha sufrido el destino de casi todos los malditos: ser pasto de academias más o menos simbólicas. No obstante, en las últimas correrías tuyas de que tengo noticia, hay una anécdota deliciosa según la cual, al ser conminado a levantar el campo en una manifestación de apoyo a los «panteras negras», con el usual: «Disuélvase, señor», contestó dignísimo al polizante de turno: «¿Cómo señor? ¿No tiene ojos en la cara, agente? Sin duda habrá querido usted decir señora». Lo que hace diez o doce años no era moco de pavo. Sigamos.*

*Poniendo la carreta delante de los bueyes, método clásico en nuestra asendereada lengua, la obra de Genet, al menos la narrativa, no ha empezado a ser traducida sino a finales de los años setenta. Se tenía conocimiento de él, salvado su teatro, por el clásico y voluminoso San Genet, comediante y mártir, de Sartre, y por el capítulo que le de-*

*dicó Bataille en La literatura y el mal, donde este maldito sedentario arremete no tanto contra el nómada lumpen como contra su principal exégeta, con el cual sostuvo un largo contencioso al ser calificado por Sartre de «místico en estado salvaje».*

*Por el ritmo acelerado de traducciones al castellano en estos momentos, pareciera que entramos en una moda Genet. De modo que, pensando en los legos, digamos telegráficamente que nuestro personaje es una suerte de Papillon, «El Lute» u Ortuño, mucho más refinado, ceremonial, blasfematorio y metafísico.*

*Sus novelas, que celebran a los héroes del «mundo delicado de la reprobación» y exaltan los «fastos de la abyección», no dejan de estar en onda en época tan navajera y asocial como la que padecemos. De todos modos, sospecho que no será el jovenzuelo marginal el que tenga acceso a ellas, sino, como en el caso del público destinatario de su lectura escénica por el mimo Lindsay Kemp, el cultivado alopécico de mediana edad que podrá gozar del «frisson delicat» sin que sus nalgas abandonen la butaca, postura ésta que Nietzsche reputaba pecado mayor contra el espíritu. Allá él.*

*La poesía de Genet es de índole bastante especial. En principio aparece muy ligada a su obra narrativa. Dos, al menos, de los personajes que aparecen con sus nombres propios, Pilorge y Harcamone, en los extensos poemas «El condenado a muerte», «Marcha fúnebre» y «La Galera», provienen de sus novelas Nuestra Señora de las Flores (1942) y El milagro de la rosa (1943). Fueron compadres muertos trágicamente en su juventud, amados por los dioses (y por el autor), a cuyo recuerdo dedica sus tiradas de versos trabajosamente rimados, en que se mezclan la ternura, la liturgia erótica, la alucinación y la requisitoria, más o menos explícita a jueces y sociedad, que troncharon tan exquisitas flores de albañal.*

*Las fuentes literarias de Genet, en lo que a sus poemas concierne, a mí me parecen muy claras. Su débito es más que notable con Villon y, sobre todo, con Rimbaud, del cual adopta ese estilo oblicuo, simbólico y yuxtapuesto, en asociaciones semiautomáticas y exclamatorias de muy difícil interpretación en ocasiones. Si a ello se le añade el empleo abundante del argot carcelario y delincuente y el recurso frecuente a un violento hipérbaton de novel, que dista mucho de las Untas difíciles, más cuidadosas de no incurrir en anacolutos, de un Góngora o un Mallarmé, se podrá entender que la tarea del traductor no ha sido precisamente un paseo primaveral. Pero de esta cuestión trataremos más adelante.*

*Otra influencia patente es la del Coleridge de la Balada del viejo marinero. Adapta a su estilo el escritor francés ese clima, fantasmagórico de inminente catástrofe y desorden, a lo largo de una travesía, que es más introspectiva que descriptiva, más viaje a las profundidades del ego que mimesis de los pasos de un Humboldt o un Darwin.*

*En tal clima encantado se mueve Genet, agregándose ese toque especial de la casa, consistente en transformar lo más sórdido y obsceno en litúrgico y ceremonial, por lo que sus personajes, en vez de extraídos de la crónica de sucesos de un papelucho, semejan leves figurines salidos de un lienzo de Gustave Moreau o de un dibujo de Aubrey Beardsley. Misterios de la imaginación homoerótica, que pareciera sustentarse en paradigmas intemporales u obedecer a arquetipos Junguianos.*

*De la serie de largos poemas que el lector podrá encontrar en esta edición, prefiero con mucho el primero, «El condenado a muerte», que me parece el más controlado de los suyos. No quiere esto decir que en los otros no se encuentren momentos poéticos excelentes dentro del característico descuido formal de Genet, que le lleva a amalgamar, sin demasiada atención a la coherencia lógica, métrica, sintáctica y aun ortográfica, sus deliquios (y delirios)*

*líricos. A este respecto no estará de más, pienso, aportar el testimonio de un estudioso del Genet poeta, que califica su obra en verso de «mariposeo frecuentemente confuso de imágenes que se entrechocan y destruyen una a otra». Agregando con notable acuidad crítica: «Mientras establece con la sombra un contacto intolerable, teje, anuda entre ellos, dos poemas distintos, entrelaza versos de origen diferente, desenmaraña y mezcla un ovillo cuya necesidad se le escapa, no imponiéndole ninguna fatalidad: una tapicería, en fin, sobrecargada de arabescos y de figuras complicadas e indecisas»<sup>[1]</sup>. De más está señalar que he respetado al máximo el frecuente recurso al «collage» que aparece en los poemas, el cual no los hace precisamente transparentes y, asimismo, la peculiar puntuación del autor.*

*En el capítulo de agradecimientos no puedo dejar de mencionar la inestimable ayuda que me proporcionaron con sus observaciones mis queridos amigos Julia Escobar y Jenaro Talens.*

A. M. S.

Otoño 1980

# **EL CONDENADO A MUERTE**

El viento que en los patios arrastra un corazón;  
El ángel que solloza suspendido de un árbol,  
a columna de azul a la que envuelve el mármol  
Ilumbran en mi noche salidas de emergencia.

El pájaro que muere y el sabor a ceniza,  
El recuerdo de un ojo dormido sobre el muro  
El dolorido puño que amenaza el azul  
El cuenco de mis manos hacen bajar tu rostro.

Es tu rostro más duro y grácil que una máscara,  
Más grávido en mi palma que en los dedos del caco  
La joya que se embolsa, anegado está en llanto.  
Es feroz y es sombrío y el laurel lo corona.

Es severo tu rostro como el de un monje griego.  
Permanece en mis manos cerradas.  
Como una muerta es tu boca y allí rosas tus ojos,  
Como tu nariz, quizás, el pico de un arcángel.

Como la refulgente helada de un perverso pudor  
Que empolvó tus cabellos de astros de limpio acero,  
Que coronó tu frente de espinas de rosal,  
¿Qué revés la fundió cuando tu rostro canta?

¿Qué fatalidad, di, centellea en tu mirada  
Con despecho tan alto, que el más cruel dolor,  
Visible y descompuesto orna tu bella boca  
Como ese a tu llanto helado, de una sonrisa fúnebre?

¿Lo cantes esta noche «Les costauds de la lune».  
¿Es más bien, chaval de oro, princesa de una torre  
Que sueña melancólica en nuestro pobre amor;

) pálido grumete que vigila en la cofa

La tarde desciende y canta sobre el puente  
entre los marineros, destocados y humildes,  
El «Ave María Stella». Cada marino blande  
su verga palpitante en la picara mano.

¿para atravesarte, grumete del azar,  
ajo el calzón se empalman los fuertes marineros.  
Amor mío, amor mío, ¿Podrás robar las llaves  
que me abrirán el cielo donde tiemblan los mástiles?

Desde allí siembras, regio, blancos encantamientos,  
Copos sobre mis páginas, en mi muda prisión:  
o espantoso, los muertos en sus flores violetas,  
a parca con sus gallos, sus espectros de amantes.

Con sofocados pasos cruza en ronda la guardia.  
En mis ojos vacíos tu recuerdo reposa.  
Puede ser que se evada atravesando el techo.  
E habla de la Guyana como una tierra cálida.

Oh el dulzor de la cárcel lejana e imposible!  
Oh el indolente cielo, el mar y las palmeras,  
las límpidas mañanas, los crepúsculos calmos,  
las cabezas rapadas, las pieles de satén!

voquemos, Amor, a cierto duro amante,  
norme como el mundo y de cuerpo sombrío.  
los fundirá desnudos en sus oscuros antros,  
entre sus muslos de oro, en su cálido vientre.

Un macho deslumbrante tallado en un arcángel  
se excita al ver los ramos de clavel y jazmín  
que llevarán temblando tus manos luminosas,  
sobre su augusto flanco que tu abrazo estremece.

Oh tristeza en mi boca! ¡Amargura inflamando  
mi pobre corazón! ¡Mis fragantes amores,

a os alejáis de mí! ¡Adiós, huevos amados!  
 obre mi voz quebrada, ¡adiós minga insolente!

No cantes más, chaval, depón ese aire apache!  
 ıntenta ser la joven de luminoso cuello,  
 ), si el miedo te deja, el melodioso niño,  
 fuerte en mí mucho antes que el hacha me cercene.

Mi bellissimo paje coronado de lilas!  
 ıclínate en mi lecho, deja a mi pija dura  
 iolpear tu mejilla. Tu amante el asesino  
 e relata su gesta entre mil explosiones.

anta que un día tuvo tu cuerpo y tu semblante,  
 u corazón que nunca herirán las espuelas  
 e un tosco caballero. ¡Poseer tus rodillas,  
 us manos, tu garganta, tener tu edad, pequeño!

obar, robar tu cielo salpicado de sangre,  
 ograbar una obra maestra con muertos cosechados  
 or doquier en los prados, los asombrados muertos  
 e preparar su muerte, su cielo adolescente...

as solemnes mañanas, el ron, el cigarrillo...  
 as sombras de tabaco, de prisión, de marinos  
 ıcuden a mi celda, y me tumba y me abraza  
 ıon grávida bragueta un espectro asesino.

a canción que atraviesa un mundo tenebroso  
 s el grito de un chulo traído por tu música,  
 l canto de un ahorcado tieso como una estaca,  
 a mágica llamada de un randa enamorado.

In muchacho dormido solicita las boyas  
 ıue no lanza el marino al dormido lunático.  
 In niño contra el muro erguido permanece,  
 ıtro duerme encogido con las piernas cruzadas.

o maté por los ojos de un bello indiferente

Que nunca comprendió mi contenido amor,  
 n su góndola negra una ignorada amante,  
 ella como un navío y adorándome muerta.

Quando ya estés dispuesto, alistado en el crimen,  
 De crueldad embozado, con tus rubios cabellos,  
 n la cadencia loca y breve de las violas,  
 Regüella a una heredera tan sólo por placer.

Úbito aparecer de un férreo caballero  
 n pasible y cruel; pese a la hora, visible  
 n el gesto impreciso de una vieja que gime.  
 lo tiembles, sobre todo ante sus claros ojos.

Del tan temido cielo de los crímenes  
 De amor viene este espectro. Niño de las honduras  
 lacerarán de su cuerpo extraños esplendores  
 perfumado semen de su verga adorable.

étreo, negro granito sobre alfombra de lana  
 a mano sobre el flanco, óyelo caminar.  
 lacia el sol se dirige su cuerpo sin pecado  
 tranquilo te tiende a orillas de su fuente.

ada rito de sangre delega en un muchacho  
 ara que inicie al niño en su primera prueba.  
 osiega tu temor y tu reciente angustia.  
 hupa mi duro miembro cual si fuese un helado.

lordisquea con ternura su roce en tu mejilla,  
 esa mi pija tiesa, entierra en tu garganta  
 l bulto de mi polla tragado de una vez,  
 Ahógate de amor, vomita y haz tu mueca!

dora de rodillas como un tótem sagrado  
 ri tatuado torso, adora hasta las lágrimas  
 ri sexo que se rompe, te azota como un arma,  
 dora mi bastón que te va a penetrar.

rinca sobre tus ojos; y tu espíritu enhebra.  
 inclina la cabeza y lo verás erguirse.  
 lotándolo tan noble y tan limpio a los besos  
 e postrarás rendido, diciéndole: «¡Madame!»

Escúchame, madame! ¡Madame, voy a morir!  
 La casa está embreada! ¡La prisión vuela y tiembla!  
 Socorro, nos movemos! ¡Unidos llévanos  
 a tu blanca capilla, Dama de la Merced!

Manda venir al sol; que llegue y me consuele.  
 Estrangula a esos gallos! ¡Adormece al verdugo!  
 Conríe maligno el día detrás de mi ventana.  
 Para morir la cárcel es una pobre escuela.

En mi garganta inerme y pura, mi garganta  
 Que mi mano más suave y formal que una viuda  
 Oza bajo el tejido sin que tú me conmuevas  
 Comprime la sonrisa de lobo de tus dientes.

Oh ven, sol hermosísimo, ven mi noche, de España,  
 Acércate a mis ojos que mañana habrán muerto!  
 Légate, abre la puerta, aproxima tus manos  
 ¡Llévame de aquí rumbo a nuestra aventura.

Despertar puede el cielo, florecer las estrellas,  
 Lo suspirar las flores, y, en los prados, la hierba  
 Recibir el rocío que bebe la mañana,  
 Sonará la campana: solo yo moriré.

Ven, mi cielo de rosa, mi rubio canastillo!  
 En su noche visita al condenado a muerte.  
 Arráncate la carne, trepa, muerde, asesina,  
 Pero ven! Tu mejilla apoya en mi cabeza.

¿Aún no hemos terminado de hablar de nuestro amor,  
 ¿Aún no hemos acabado de fumar los «gitanes»,  
 Debemos preguntar por qué razón condenan

un criminal, tan bello, que empalidece al día.

Amor, ven a mi boca! ¡Amor, abre tus puertas!  
 ecorre los pasillos, baja, rápido cruza,  
 uela por la escalera más ágil que un pastor,  
 Más suspenso en el aire que un vuelo de hojas muertas.

traviesa los muros, camina por el borde  
 e azoteas, de océanos; recúbrete de luz,  
 lsa de la amenaza, de la plegaria usa,  
 ero ven, mi fragata, a una hora del fin.

e arropan con la aurora los pétreos asesinos  
 n mi prisión abierta a un rumor de pinares  
 ue la mecen, sujeta a delgadas maromas  
 renzadas por marinos que dora la mañana.

Quién dibuja en el techo la Rosa de los Vientos?  
 Quién en mi casa sueña, al fondo de su Hungría?  
 Qué chaval ha robado en mi podrida paja  
 ensando en sus amigos al mismo despertar?

ivaga, ¡oh mi locura!, Para mi gozo alumbra  
 ln lenitivo infierno repleto de soldados  
 on el torso desnudo y gualdos pantalones;  
 anza esas densas flores cuyo olor me fulmina.

De cualquier parte arranca las hazañas más locas.  
 Desnuda a los chiquillos, invéntate torturas,  
 mutila a la Belleza, desfigura los rostros  
 ofrece la Guyana como lugar de encuentro.

Oh mi viejo Maroni!<sup>[1]</sup> ¡Oh Cayena la dulce!  
 eo los volcados cuerpos de quince a veinte tacos  
 n torno al crío rubio que apura las colillas  
 ue escupen los guardianes entre el musgo y las flores.

Ina toba mojada basta para afligirnos.  
 olitario y erguido entre yertos helechos

El más joven se apoya en sus lisas cañeras  
 inmóvil y esperando ser consagrado esposo.

Los viejos asesinos se apiñan para el rito.  
 En la tarde agachados prenden de un leño seco  
 Una llama, que roba, rápido, el jovencito  
 Más emotivo y puro que un emotivo pene.

El más duro bandido, de charolados músculos,  
 Con respeto se inclina ante el frágil mancebo.  
 Sube la luna al cielo. Una disputa amaina  
 Se emblan los enlutados pliegues de una bandera.

Te arrojan con tal gracia tus mohínes de encaje!  
 Con un hombro apoyado en la palmera cárdena  
 Umbras y la humareda desciende a tu garganta  
 Mientras los galeotes, en danza, ritual,

silenciosos y graves, por riguroso turno  
 Respiran de tu boca una pizca fragante,  
 Una pizca y no dos, del anillo de humo  
 Que empicas con la lengua. ¡Oh compadre triunfal!

Divinidad terrible, invisible y malvada,  
 ¿cómo quedas impasible, tenso, de metal claro,  
 Sólo a ti mismo atento, dispensador fatal  
 Recogido en las cuerdas de tu crujiente hamaca.

Tu alma delicada los montes atraviesa  
 Acompañando siempre la milagrosa huida  
 De aquel que se ha fugado, muerto al fondo del valle  
 De una bala en el pecho, sin reparar en ti.

¡Lévate en el aire de la luna, mi vida.  
 En mi boca derrama el consistente semen  
 Que pasa de tus labios a mis dientes, mi Amor,  
 Al fin de fecundar nuestras nupcias dichosas.

Quinta tu hermoso cuerpo contra el mío que muere